

cia donde los criados habian depositado á Vallombreuse.

Un candelabro de muchos brazos, colocado sobre una mesa de noche, alumbraba con sus rayos el lecho del jóven duque, quien guardaba la inmovilidad del cadáver, y cuya palidez aumentaba con el contraste de los cortinajes y de la seda del cobertor color rojo vivo.

Una ensambladura de ébano con filetes de cobre, subia á la altura de un hombre y servia de basamento á una tapicería de lizos altos representando la historia de Medea y de Jason, llena de muertos y figuras siniestras. Aquí, veíase á Medea cortando en pedazos á Pelias, á pretexto de rejuvenecerlo como á Eson: allá, mujer celosa y madre desnaturalizada, degollaba á sus hijos; en otro tapiz, huia, ébria de venganza, en un carro arrastrado por dragones vomitando llamas.

Cierto que los tapices eran hermosos y hechos de mano maestra; pero aquellas feroces mitologías tenian un no sé qué de lúgubre y de cruel que revelaban una naturaleza malvada en quien los habia elegido.

En el fondo de la cama, las cortinas, levantadas, permitian ver á Jason combatiendo los monstruosos toros de cobre, defensores del vellocino de oro, y Vallombreuse, tendido inanimado debajo de ellos, parecia ser una de sus víctimas.

Tirados al abandono sobre las sillas, veíanse trajes de la más suntuosa elegancia probados y desdeñados en seguida, y en un gran jarro del Japon, cargado de dibujos azules y rojos, colocado sobre una mesa, de ébano como los demás muebles de la sala, ostentábase un magnífico ramo de flores las más raras destinado á reemplazar al que habia rechazado Isabel, pero que no habia llegado á su destino á causa del ataque inopinado del castillo. Aquellas delicadas flores, testimonio todavía fresco de una preocupacion galante, formaban singular contraste con aquel cuerpo tendido sin movimiento, y un moralista hubiera hallado en él motivo para filosofar á sus anchas.

El príncipe, sentado en un sillón al lado del lecho, miraba

con ojo pertinaz aquel semblante tan blanco como la almohada de randas sobre la que reposaba, blancura que hacia más puras y más delicadas las facciones del herido. Todo lo que la vida puede imprimir de vulgar á un rostro humano, desaparecia en él debajo de la inmovilidad del mármol, y jamás Vallombreuse habia sido tan hermoso. Ningun soplo parecia escaparse de sus entreabiertos labios, cuyas granadas habian hecho lugar á las violetas de la muerte.

Al contemplar aquella encantadora forma que pronto iba á disolverse, el príncipe olvidó todas las maldades de aquel demonio, y sólo pensó tristemente en la grandeza de su nombre que los siglos pasados se habian ido legando respetuosamente y que no llegaria á los futuros. Era más que la muerte de su hijo lo que el anciano deploraba, era la desaparicion de su casa: dolor desconocido á la gente de la clase media y á los patanes. Estrechaba el príncipe entre las suyas la helada mano de Vallombreuse, y sintiendo en ella un poco de calor, no imaginó que venia de él mismo, y se abandonaba á una esperanza quimérica.

Isabel estaba de pié al de la cama, con las manos juntas y rogando á Dios con todo el fervor de su alma por aquel hermano de cuya muerte era inocente causa, y quien pagaba con su vida el crimen de haber amado demasiado, crimen que las mujeres perdonan de buena gana, sobre todo cuando ellas son objeto de tal pasion.

—¡Y ese médico que no viene!—exclamó con impaciencia el príncipe,—quizás haya todavía algun remedio.

En el momento que acababa de pronunciar el anciano estas palabras, abrióse la puerta dando paso al cirujano, quien entró acompañado de un discípulo, que le llevaba el estuche de los instrumentos. Hizo el Esculapio un ligero saludo, y sin pronunciar palabra se encaminó derechamente á la cama donde yacia el jóven duque, le tomó el pulso, le puso la mano sobre el corazón, é hizo un signo de desaliento. Sin embargo para dar á su sentencia una certeza científica, sacó de su bol-

sillo un espejito de acero pulimentado y despues de acercarlo á los labios de Vallombreuse, lo examinó atentamente; una ligera nubecilla se habia formado en su superficie. El médico, admirado, repitió la experiencia, y por otra vez empañó la pulida plancha una imperceptible neblina.

Isabel y el príncipe seguian con ansiedad los movimientos del cirujano, cuyo semblante se habia serenado un poco.

—La vida no está completamente apagada,—dijo por fin volviéndose hácia el príncipe y limpiando su espejo;—el herido respira todavía, y mientras la muerte no ha sentado su descarnada mano sobre un enfermo, queda esperanza. No os entregueis, sin embargo, á una alegría prematura que volveria luego más amargo vuestro dolor: he dicho que el señor duque de Vallombreuse no ha exhalado el último suspiro; nada más. De aquí á devolverle la salud, hay mucha distancia. Ahora voy á examinar su herida, la que tal vez no sea mortal toda vez que no le ha muerto instantáneamente.

—No permanezcais aquí, Isabel,—dijo el padre de Vallombreuse,—estos espectáculos son demasiado tristes y dolorosos para una jóven. Idos, pues; ya ordenaré notificaros el dictámen del doctor una vez haya terminado su exámen.

La jóven se retiró, acompañada de un lacayo que la guió á otro aposento, el que ocupara en calidad de prisionera, y que estaba todavía en desórden á consecuencia de la lucha que en él habia tenido lugar.

Con la ayuda de su discípulo, el cirujano desabrochó el jubon de Vallombreuse, desgarró la camisa y descubrió un pecho de la blancura del marfil en el que se descubria una llaga pequeña y triangular, bordeada de algunas gotas de sangre. La llaga habia sangrado poco; la hemorragia habia sido interior. El émulo de Esculapio apartó los labios de la herida y la sondeó. Un ligero temblor contrajo las facciones del paciente cuyos ojos permanecian cerrados, y quien no se movia más que una estatua sobre una tumba, en un panteon de familia.

—Esto va bien,—exclamó el cirujano observando aquella contraccion dolorosa;—sufre, luego vive. Esta sensibilidad es de favorable augurio.

—¿No es cierto que vivirá?—repuso el príncipe;—si le salvais, os colmaré de riquezas, realizaré todos vuestros sueños.

—¡Oh! no vayamos tan deprisa,—dijo el médico,—todavía no respondo de nada; la espada ha atravesado la parte superior del pulmon derecho. El caso es grave, muy grave. Sin embargo como el paciente es jóven, sano, robusto y de complexion bastante fuerte para, sin esta herida, vivir un siglo, quizás escape á la muerte, á ménos de sobrevenir complicaciones imprevistas: en casos como el presente se han dado ejemplos de curacion. ¡Ofrece tantos recursos la naturaleza en un cuerpo jóven! ¡La savia de la vida, todavía ascendiente, repara tan rápidamente las fuerzas y rehace tan bien los estragos! Con ventosas y escarificaciones, voy á probar de librar el pecho de la sangre que se ha esparramado por el interior y acabaria por sofocarle, si no hubiese el señor duque afortunadamente caido en manos de un hombre entendido, caso raro en estos pueblos y castillos situados lejos de Paris. Ea, belitre,—prosiguió dirigiéndose á su discípulo,—en lugar de mirarme como un cuadrante de reloj con tus ojazos, desarrolla las vendas y dobla las compresas, para aplicar el apósito.

Terminada la operacion, el cirujano dijo al príncipe:

—Dad órden, si os place, monseñor, de que nos preparen una cama de campaña en un rincon de este aposento y nos sirvan una ligera colacion, pues yo y mi discípulo velaremos por turno al señor duque de Vallombreuse. Importa que no me mueva de aquí, para espiar todos los síntomas y combatirles si se presentan desfavorables ó ayudarles si favorables. Depositad en mí vuestra confianza, monseñor, y quépaos la certitud de que todo lo que la ciencia humana puede hacer para arrebatat una vida á las garras de la muerte, se hará con audacia y prudencia. Volveos á vuestras habitacio-

nes, os respondo de la vida de vuestro hijo... hasta mañana.

Un poco tranquilizado por las palabras del doctor, el padre de Vallombreuse se retiró á su aposento, donde á cada hora un lacayo le llevaba el parte del estado del jóven.

Isabel halló en la nueva habitacion que se le señaló, la misma camarera que la asistiera el primer dia taciturna y hoesca, que la aguardaba para desnudarla; pero la expresion de su fisonomía habia cambiado por completo. Sus ojos lucian con singular fulgor, y el brillo del odio satisfecho iluminaba su pálido semblante. La venganza de un ultraje desconocido y devorado silenciosamente en medio de la rabia de la impotencia, hacia del espectro mudo una mujer llena de vida. Componia los hermosos cabellos de Isabel con alegría mal disimulada, le ayudaba con extremada complacencia á meter los brazos en su bata de noche, se arrodillaba para descalzarla, y parecia tan cariñosa cuanto antes se mostrara huraña. De sus labios, tan cerrados la primera vez que se puso al servicio de Isabel, salian á borbotones una multitud de preguntas. Pero la jóven, preocupada á causa de los tumultuosos acontecimientos de la noche, no paró mientes en ellas, ni ménos notó el entrecejo y el irritado gesto que puso aquella cuando un criado vino á decir que no se habia perdido por completo la esperanza de salvar la vida al señor duque. A esta noticia la alegría desapareció de su taciturno semblante, iluminado por un momento, y recobró su actitud sombría, actitud que conservó hasta que Isabel la despidió con un gesto benévolo.

Acostada en mullida cama, digna de servir de altar á Morfeo, Isabel trabajaba su imaginacion pensando en su inesperado cambio de fortuna. El dia anterior no era todavía más que una pobre comedianta, sin otro nombre que el de guerra con el cual se la designaba en los carteles fijados en las esquinas. En aquel momento, un grande la reconocia por hija suya; se injertaba, humilde flor, en una de las ramas del robusto árbol geneológico de aquella poderosa familia

cuyas raices penetraban tan léjos en el pasado, y en cada una de cuyas ramas llevaba un personaje ilustre, un héroe. Aquel venerable príncipe que no reconocia más superior que las testas coronadas, era su padre. Aquel terrible duque de Vallombreuse, tan gentil á pesar de su perversidad, se trocaba de amante en hermano, y si sobrevivia, su pasion cambiábase, sin duda, en una amistad pura y tranquila. Aquel castillo, poco antes su prision, habíase convertido en vivienda suya; en él estaba en su casa, y los criados la obedecian con un respeto que nada tenia de violento ni simulado. Todos los sueños á que hubiera podido abandonarse la ambicion más desordenada, la suerte se habia encargado de cumplirlos para ella y sin su participacion. De aquello que parecia deber causar su ruina, su fortuna habia surgido radiosa, inverosímil, fuera de toda prevision.

Isabel se admiraba, al verse tan colmada de dichas, de no experimentar mayor alegría; su alma tenia necesidad de acostumbrarse á aquel órden de ideas tan nuevo. Quizás aun, sin adivinarlo, echaba de ménos su vida de actriz; pero su idea dominante era Sigognac. ¿Aquel cambio de posicion la alejaba ó la aproximaba á aquel amante tan perfecto, tan rendido, tan valeroso? Pobre, ella habia rehusado ser su esposa por temor de crear un obstáculo á su porvenir; rica, era para ella un grato deber ofrecerle su mano. La hija reconocida de un príncipe bien podia llegar á ser la baronesa de Sigognac. Pero el Baron era el matador de Vallombreuse, y sus manos no podian juntarse sobre una tumba. Si el jóven duque no sucumbia, quizás guardaria de su herida y de su derrota sobre todo, pues tenia el orgullo más sensible que el cuerpo, un resentimiento por demás duradero. El príncipe, por su parte, era capaz, por bueno y generoso que fuese, de no ver con buenos ojos al que estuvo á pique de arrebatarle un hijo. Podia tambien desear para Isabel otra alianza; pero, interiormente, la jóven prometiósese ser fiel á sus amores de comedianta y entrar en un convento antes que perte-

necer á otro, aun cuando fuese duque, marqués, ó conde y hermoso como el sol, y rico cual un príncipe de cuento de hadas.

Satisfecha de esta resolución, iba Isabel á dormirse, cuando un ligero ruido le hizo abrir los ojos. A los piés de su cama vió á Chiquita que la contemplaba con mirada mediatunda.

—¿Qué quieres, querida niña?—le dijo Isabel con voz dulce,—¿por qué no te has ido con los demás? si deseas permanecer á mi lado, quédate, pues me has prestado muchos y buenos servicios.

—Te quiero mucho,—respondió Chiquita;—pero no puedo quedarme contigo mientras Agustín viva. Las hojas de las navajas de Albacete dicen *Soy de un dueño*, bellas palabras dignas del fiel acero. Sin embargo tengo un deseo. Si encuentras que he pagado el collar de perlas, dame un beso; jamás he recibido ninguno, ¡y debe ser tan dulce!

—¡Oh! ¡con todo mi corazón!—exclamó Isabel tomando la cabeza de la niña y besando sus curtidas mejillas, que se tiñeron de vivo carmin á impulsos de poderosa emoción.

—Ahora, adios,—dijo Chiquita, que habia recobrado su tranquilidad habitual.

Iba la niña á retirarse por donde habia venido, cuando reparó encima de la mesa el cuchillo cuyo manejo habia enseñado á la jóven actriz para defenderse contra los atentados de Vallombreuse, y dijo á Isabel:

—Supuesto que no necesitas más de él, devuélveme mi cuchillo.

Y desapareció.